



SOBRE TINAMOTIS PENTLANDI VIGORS

POR

ENRIQUE ERNESTO GIGOUX

Jefe de la Sección Zoológica del Museo Nacional

No es el Desierto de Atacama como correspondería a este nombre, una llanura cubierta de arena movediza, candente de día y fría de noche, como ocurre con el aire ambiente de esa comarca dilatada. Su configuración es la de una región cualquiera, con cerros y llanos, cordilleras y quebradas, colinas y lechos secos de ríos que desaparecieron; oasis con sus aguadas, y vegetación herbácea en muchas extensiones.

Con más propiedad, antes⁴ más que ahora, merecería el

nombre de Despoblado de Atacama, como se le llamaba, y no desierto, designación que suele significar falta de vida, lo que no ocurre ahí porque la hay, por más que no sea abundante y falte en muchas partes.

Parece que una de las causas probables de la transformación de esa zona en desierto, sería la existencia de una falla orográfica, producida por algún fenómeno geológico o sísmico al pie de la cordillera, que absorbe las aguas que bajan de ella, para convertir en corrientes subterráneas el caudal de aquellos antiguos ríos, riachuelos y arroyos, que hoy muestran sus cauces secos para reaparecer algunos en las vecindades de la costa, en forma de charcos salados o salinas, porque esas aguas vienen cargadas de las sales que disuelven del terreno en su trayecto.

Durante mi viaje al Desierto de Atacama en 1885 - 86, caminé días enteros por llanuras, colinas o quebradas, con muy poca vegetación o con ninguna, y sin ver a veces ni un insignificante roedor, ni un ave, ni una lagartija y hasta ni un insecto. Y esta falta de vida en ciertas partes y en ciertas épocas, no constituye una generalidad sino uno de los varios aspectos que presenta esa extensa región, que también en su tiempo, y en ocasiones tiene campos con vegetación variada, faldeos verdes y quebradas donde brota agua fresca y clara.

Las tropillas de guanacos que a veces solían verse, eran para mí una alegre nota de vida en aquellos páramos, y un motivo de entusiasmo para mis compañeros, que veían en ellos unas magníficas piezas de caza, que proporcionaban casi siempre la única carne fresca que se podía obtener. Uno que otro zorro que se acercaba al alojamiento, y las viscachas, que por las mañanas salían de sus cuevas en lo alto de los cerros para tomar el sol, eran otros de los pocos animales que se podían ver.

Los flamencos en los salares, que a lo lejos se presentaban a veces en formación militar, nos proporcionaban los huevos de sus nidos que se comían muy cocidos y duros para que no desagradaran. En otras partes solíamos oír los melancólicos silbidos de los agriornis, y verlos también posados indiferentes sobre una piedra y mirándonos pasar, y en las vecindades de las aguadas, algunos otros pajaritos eran en apariencia los únicos habitantes de aquellos lugares.

No había encontrado ninguna novedad zoológica, y tampoco resultó nada nuevo en la recolección de plantas. Sólo la geología ofreció algunas muestras interesantes. Y cuando ya creía no encontrar ningún ejemplar desconocido o de alguna importancia, un día al llegar al fondo de la «Quebrada de los Acerillos» (llamada así por que en ella crecen unos

arbustos conocidos con ese nombre, y que es la especie *Buddleia gayana* Benth., de la familia de las Loganiáceas) donde vivía con sus cabras, burros, perros y un pariente, la anciana María Chillimaca, tal vez la última indígena del Pueblo de Indios o de San Fernando, del valle de Copiapó, y que había establecido su rancho junto a tres abundantes ojos de agua, con la que regaba un pequeño huerto, a cuyo lado tenía un corral de pircas de piedras para gallinas, y donde vi entre éstas, tres aves que no conocía, y que me dijo eran «Pisacas», agregando que son las perdices grandes de la cordillera, que solían cazar vivas con alguna frecuencia, y que vivían muy bien en el gallinero. Era la especie *TINAMOTIS PENLANDI*, VIGORS, que en su cautividad hacía de ave doméstica.

Después, prosiguiendo el viaje al norte, en las inmediaciones del coloso del desierto el esbelto cerro de Doña Inés Grande, a cuyo pie Doña Inés de Suares, hizo cavar a los soldados de Pedro Valdivia para obtener el agua que salvó a la expedición, ahí, muy cerca de esa aguada que lleva su nombre y tuvo ese origen, vi algunas pisacas libres que desaparecieron rápidamente por entre las piedras.

Y más tarde, cuando se efectuaba el viaje de regreso a Copiapó, un día que soplaban un viento más o menos fuerte, al pasar junto a un grupo de piedras grandes, había cuatro pisacas al lado de una de ellas, donde parecían defenderse del viento, que no las dejaría andar, porque daban un paso y volvían con las plumas levantadas a su punto de partida. Viéndolas en esa situación dije a nuestro guía que se desmontase y las tomara, lo que parecía fácil, asegurándole al verlo titubear, que no había ningún peligro porque se trataba de aves inofensivas. Obedeció entonces de buena voluntad y se fué aproximando lentamente, pero en el momento de atrapar a una, ésta hizo un movimiento rápido volviéndole la cola, y arrojándole con mucho acierto una evacuación líquida, arma ofensiva que impidió la captura, tanto por la sorpresa del ataque como por las consecuencias en el atacado, que no tuvo la oportunidad de ver como desaparecían las pisacas por entre las piedras, a pesar del viento, confundiéndose luego con los detalles del terreno.

Esta ave muy común en la Argentina tiene ya una distribución geográfica mucho más amplia que la antes conocida. Se extiende desde la región montañosa del Perú hacia el sur, a través de Bolivia hasta la provincia de San Juan, según el «Catálogo sistemático de las Aves de la República Argentina», de los señores Alfredo B. Steullet y Enrique A. Deautier, quienes dicen que a esta ave se le da el nombre vulgar de «Pi-

saca», en Catamarca, según Budín, de «Queico» en San Juan y de «Keu» en Jujuy.

Según Dabbene, dentro del territorio argentino vive en la zona del relieve andino, en Santa Catalina, Jujuy, y oeste de San Juan, como ave sedentaria.

Hellmayr, en su obra *The Birds of Chile*, indica como área de dispersión para nuestro país, la zona de la Puna de Atacama y la provincia de Antofagasta.

Es en el Desierto de Atacama, donde se supone que hay poca vida, la parte de Chile donde habita la pisaca, esa ave interesante que años atrás no se indicaba para este país, y que hoy no se le ha señalado su verdadera zona de dispersión, que es hasta mucho más al sur, por más que, sin darle demasiada importancia a la observación, varios exploradores, mineros y cateadores habían visto pisacas desde hace ya mucho tiempo, en la región donde tuve la oportunidad de verlas aquella vez, es decir, mucho más al sur de donde se había dicho.

SANTIAGO, 18 de Noviembre de 1936.

